



Un presidente democrático ordena y luego reivindica, con satisfechas palabras oficiales, un asesinato político. Su acto justiciero revela una vez más los grandes simulacros de la civilización occidental donde, al parecer de muy pocos, todos son iguales ante la ley y la *vendetta* no rige, y es tan exótica y lejana como el oriente mismo. **TEXTO: ALEJANDRO GRIMSON**

¿Cómo interpretar que un presidente democrático reivindique un asesinato político? Las decisiones tomadas en las horas previas y posteriores a la muerte de Bin Laden, ¿podrían comprenderse como cumbre de la civilización? No se trata, ciertamente, de una hermenéutica jurídica, sino de un desplazamiento: la interpretación de "justicia", noción invocada como justificación de un acto. Para la antropología, las nociones de justicia aceptables en una sociedad

son lugares de condenación. Condensación de los modos en que esa sociedad comprende las relaciones entre ellos y sus "otros", así como de las tipologías acerca de las personas, sus obligaciones y sus derechos.

Vendetta pertenece al mundo de aquellos términos que resulta difícil traducir. Pertenece a los términos fáciles de traicionar cuando quieren ser interpretados. Hay una potencia en *vendetta*, un acto profundamente guía-

do por el sentimiento. Un sentimiento que genera una obligación, un deber, un *must*. Esa resistencia a la traducción emana además de su encastramiento ejemplar en relaciones sociales muy particulares. Mafiosas y peninsulares. No todas las organizaciones delictivas tienen como norma lo que cualquier antropólogo llamaría reciprocidad negativa: "ojo por ojo, diente por diente".

La reciprocidad positiva es la gratuidad del regalo, pero que no es sólo dar, es el círculo de recibir y devolver. Sólo regalamos a quienes nos regalan. Antes de "ojo por ojo" el Antiguo Testamento dice "vida por vida". Reciprocidad negativa también es el acto de dar. Dar la muerte. Devolver la muerte.

Europa, aquella Europa modélica para el mundo, encarnaría en Francia o Inglaterra. Sicilia sería la frontera con oriente. Por ello allí se encontrarían entremezclados elementos adjudicados al otro lado del mundo. *Vendetta*, donde la familia no olvida ni perdona. Devuelve. Incluso como en un *potlach* invertido: devuelve *in crescendo*. En la Europa imaginaria, espacio de la civilización, las reglas de interacción, de delito y de punición son impersonales: todos serían iguales ante la ley. En cambio, en el mundo anterior a la civilización no hay espacio para el anonimato: todo está regido por una lógica del parentesco.

La contraposición entre sociedades organizadas sobre la base del Estado o del parentesco tiene su propia historia. Surgió en el contexto evolucionista decimonónico, pero sigue tan vigente en los modos de postular las relaciones hoy entre centro y periferia. Lewis H. Morgan, el antropólogo que era leído por Engels, pro-

Obama y Osama ¿tenían los mismos derechos humanos?



puso a mediados del siglo XIX distinguir la *societas* (como organización social) de la *civitas* (como organización política). Mientras la *civitas* se asienta en el territorio y la propiedad, la *societas* se asienta sobre gentes, fratrías y tribus. Los miembros de la *societas* se consideran un cuerpo de consanguíneos que descienden de un antepasado común. Morgan lo veía como algo contrapuesto al Estado, pero no imaginó que mientras escribía los propios estados iniciaban una retórica muy pregnante para definir a las naciones como una gran familia, con *founding fathers*. Con el tiempo la familia nacional se fue ampliando hasta, luego de más de cien años, poder imaginar como parte de esa relación parental a personas de un color diferente. Incluso, ser gobernados por ellos.

Un siglo después de Morgan, el antropólogo francés Louis Dumont mostró que mientras el igualitarismo occidental se sostiene sobre la idea de individuos iguales, las sociedades jerárquicas como la India se basan en ideas de una totalidad que está por encima de cualquier individuo. En las sociedades jerárquicas los seres humanos no son anónimos, siempre son alguien, son personas y personajes sociales. Por ello, nunca son iguales.

Todo esto es retraducido en los imaginarios evolucionistas de un modo sencillo. De una parte, la civilización con sus igualitarismos impersonales e individualistas. De otra parte, el atraso o la barbarie basados en las jerarquías personalizadas sostenidas en el parentesco.

Habría que observar occidente, allí/aquí donde todos seríamos iguales ante la ley, y constatar que el parentesco es la nada. Es cierto, sería difícil verificarlo en provincias argentinas como San Luis o Catamarca, pero estas sólo serían "excepciones que confirman la regla", paradigmas del espacio aún hoy dominado por el caudillismo familiar. En cambio en Estados Unidos, donde el parentesco es irre-

levante, jamás hubo un presidente que fuera hijo de otro. Con la excepción de Bush, claro. Pero al menos no hubo un presidente que fuera pareja de otro. Porque Hillary perdió, claro. En Francia la herencia de la hija de Le Pen o tantos otros casos es sólo producto de la intensa educación política que recibieron. Las cuestiones de parentesco y la política monárquica son otra de las excepciones. Pero no se puede comparar la elegancia con que la civilización apela al parentesco que la manera en que lo hace el "oriente". En cualquier caso, se montarán grandes proyectos de pesquisa para establecer de qué modo estas y otras excepciones siempre confirman la regla. Diferencias sutiles y complicadas en la práctica deben ser imaginadas e interpretadas como fronteras culturales incommensurables. Gran trabajo para los intelectuales orgánicos. Pero que los hay, los hay.

En occidente la norma es clara y desde el siglo XVIII: todos los hombres nacen iguales. Ciertamente, las mujeres no y hasta ahora no terminan de ser tratadas como iguales: voto, ministras y presidentas incluidas. Sólo los hombres. Ciertamente, que los "de color" tampoco, eran propiedad privada de quienes escribían que todos eran iguales, sólo que el "todos" no podía incluir a los esclavos. Ni por otro siglo ni en parte hasta hoy. Cuando Katrina arrasó con la población de New Orleans algunas palabras dichas por la esposa del presidente de aquel país, acerca de la condición de los hacinados, aún resuenan.

El problema de tantas excepciones es que finalmente sedimenta una idea crucial: sólo los que son iguales (en el sentido de blancos, protestantes, varones) son realmente iguales (ante la ley). Claro que puedes subirte al trencito de los iguales si lo consigues: Obama no es *WASP* (*White, Anglo-Saxon and Protestant*) y tantos otros ya estaban allí mucho antes.

Pero Obama y Osama ¿tenían iguales derechos humanos? Hussein y Hussein ¿son igua-

les ante la ley? Barak y Mubarak ¿deben responder por sus actos ante el mundo?

Cuando asesinaron a Osama Bin Laden, descubrí que los argentinos tenemos una política de Estado que no había percibido: desde mediados de los años ochenta hasta hoy han pasado tantos gobiernos tan diferentes, pero todos han actuado de modo idéntico en un punto. Han cuidado la vida del ex-general Videla. Y le han garantizado sus derechos a un juicio justo. Porque Videla, que montó un dispositivo terrorista que mató más gente que el atentado terrorista a las torres gemelas, tiene iguales derechos que quienes lo juzgan. Y por eso está preso.

Norbert Elías, en *El proceso de la civilización*, entendía a este como el fortalecimiento de las autoacciones "que impiden a todos los impulsos espontáneos expresarse de modo directo en acciones, sin la interposición de aparatos de control". Impulsos pasionales refrenados. Elías tenía la peculiaridad de no hacer una valoración acerca del proceso, interesado en comprenderlo. Descriptivamente, *vendetta*, ojo por ojo, diente por diente, ciertamente, no podrían pertenecer a un grado muy alto de la civilización. Ofrecen, a los ojos que permanezcan abiertos a Guantánamo o a Irak, actos que dan cuenta de nociones muy restringidas de justicia. Muy restringidas a occidente. Un occidente, además, más restringido en sus límites de lo que muchos latinoamericanos creen. Todos los occidentales nacen iguales. Los no occidentales y no occidentalizables, también.

Deconstruir esa frontera imaginaria que se convierte en acto, en sangre, en ocupación, en territorios fuera del mundo y en realidad cotidiana es el desafío imprescindible para una idea verdaderamente universal de una igualdad de derechos. Una gran parte de los seres humanos viven su vida de un lado de la frontera. Sin embargo, de lo que se trata es de interpretarla para transformarla. ■

El autor nació en Buenos Aires en 1968. Es doctor en Antropología, decano de Estudios Sociales en la Universidad Nacional de San Martín y profesor de Antropología Social y Cultural en la Universidad de Buenos Aires. Publicó, entre otros, *Interculturalidad y comunicación* (2000), *La nación en sus límites. Contrabandistas y exiliados en la frontera de Argentina-Brasil* (2003) y *Los límites de la cultura* (2011).